

KARL RAHNER

Manuel Alcalá

El sábado 31 de Marzo a los 80 años de edad murió Karl Rahner en Innsbruck, la ciudad universitaria donde ejerció por largas décadas su docencia. Su nombre está ligado a la renovación teológica, a la apertura de la Iglesia al mundo, al Concilio Vaticano II y a la animación postconciliar. El secreto de esta actitud alerta a los signos de los tiempos está en su íntima apertura al Dios siempre mayor. Esta actitud es también la fuente de su responsabilidad en la Iglesia, de su fidelidad incondicional a ella y por eso de su gran libertad respecto de sus estructuras y personeros, libertad genuinamente espiritual. Rahner, siempre entre aulas, conferencias, artículos y libros, no fue un hombre de gabinete. Siempre dialogó con su entorno, e incluso lo cuestionó desde horizontes mayores. Su teología fue en todo momento un servicio a la Iglesia y, más allá de ella, a los hombres de su tiempo. Una teología pastoral. Este talante práctico, a medida que pasaban los años se fue haciendo cada vez más acendrado hasta volverse desnudamente profético. En esta vertiente suya de hombre de fe que trascendía su propio pensamiento tenemos que agradecerle nosotros su defensa sistemática de la teología de la liberación (no sin acertados toques de alerta) y más aún de la práctica pastoral, fronteriza y a veces conflictiva, que le sirve de base e inspiración.

Los miembros del Centro Gumilla agradecemos a este hermano mayor en la Compañía de Jesús el aliento e inspiración intelectuales, tantas veces decisivos en nuestros años de formación, su testimonio aún más valioso de hombre de fe responsable y libre y la actualización de nuestro carisma ignaciano que aprendió con arriesgada fidelidad (Ignacio de Loyola, *Sal Terrae*, 1979). Lo sentimos un hermano que nos iluminará sin duda desde su entrada en el misterio del Dios que poseyó su vida.

Presentamos a nuestros lectores un resumen de su biografía debido a Manuel Alcalá y una entrevista que nos lo revela embebido ya en "lo único necesario". Los hemos tomado de la revista española *Vida Nueva* (24 de marzo de 1984). En el próximo número ofreceremos un artículo sobre su pensamiento. (N. de la R.)

FRACASO FILOSOFICO Y ORIENTACION TEOLOGICA

A comienzos del curso 1934-1935, K. Rahner marcha a Friburgo, su ciudad natal, para doctorarse en Filosofía. La "figura" de entonces en el claustro badense es el pensador existencialista Martín Heidegger, que acaba de publicar sus obras *Ser y Tiempo* (1927) y *Kant y el problema de la metafísica* (1929). A pesar de su actitud pro-nazi, sus relaciones con los alumnos jesuitas en los cursos de doctorado son correctas.

Rahner, sin embargo, tiene un grave tropiezo con su profesor. Al redactar su tesis sobre Tomás de Aquino y el problema del conocimiento, Heidegger le rechazó el trabajo. Años después, el mismo Rahner me comentaba personalmente: "El catedrático pensaba, que era imposible 'modernizar' a Santo Tomás. Yo creía lo contrario. Nunca hubo forma de entenderse. Con todo, sigo opinando que aquélla es tal vez mi mejor obra". De hecho, la tesis sería publicada bajo el título *Espíritu en el mundo* (1939), siendo muy alabada por la crítica y traducida posteriormente a varias lenguas.

El fracaso académico fue, por lo demás, llamativo y a partir de aquel momento Karl Rahner se orientó plenamente hacia la Teología. En diciembre de 1936, la facultad teológica de Innsbruck le recibiría de doctor con una tesis de profundo contenido espiritual: *El pensamiento patrístico sobre el Corazón traspasado del Salvador, fuente de la Iglesia*. Seguirá, pues, fiel a la línea de sus preocupaciones, buscando síntesis entre los diversos aspectos de la teología, al estilo de la gran tradición cristiana.

Las etapas del magisterio teológico de Rahner son principalmente cuatro. Una primera, muy agitada (1937-1948) por la invasión nazi y la guerra. Sus escenarios son: Innsbruck, hasta el "Anschluss" (1938); Viena, hasta la amenaza del Ejército soviético (1944); Marienkirchen, una parroquia bávara, hasta el fin de la contienda (1945) y Pullach-Munich en medio del caos y del hambre, hasta 1948. Es una fase inquieta y dispersa, de gran actuación pastoral, de conferencias y contactos con el laicado. Tres publicaciones significativas la señalaban. Una, *Oyente de la palabra*, sobre filosofía de la religión. Las otras dos sobre la oración, que están traducidas también al castellano bajo los títulos: *Palabras al silencio*

(1938) y *Angustia y salvación* (1949). Sin ellas, tal vez no puedan comprenderse adecuadamente la postura y el pensamiento de Rahner.

La segunda etapa (1948-1957) es la madurez. Toda ella se desarrolla en Innsbruck. Junto a clases y seminarios de irregular factura, geniales y grises, el teólogo despliega un trabajo de investigación y publicación verdaderamente asombroso. Frutos del mismo son sus *Escritos de Teología*, colección de artículos comenzados a editar en 1957 y que hoy forman una biblioteca de dieciséis gruesos volúmenes. En ellos se tocan sugestivamente todos los temas del saber teológico: Teología fundamental, sacramental, escatológica, pastoral, política y espiritual. Son escritos de variada extensión, de estilo difícil pero creador, con fogonazos e intuiciones de primera calidad, que responden a las necesidades del momento o a intuiciones de futuro. Probablemente Rahner hubiese podido entonces escribir una gran "Summa Theologica". Sin embargo, en 1957, la editorial Herder concibe la publicación de un gran *Diccionario de Teología e Iglesia*, cuya primera edición (1930-1938), ya agotada, había de revisarse a fondo o repensarse de nuevo. Al decidirse por la segunda opción, Rahner se encarga de ella, junto con su colega J. Höfer. Poco después con precisión teutónica anual, se publican hasta once volúmenes en gran formato de más del millar de páginas cada uno, a los que seguirán, a partir de 1966 otros tres complementarios exclusivamente dedicados al mejor comentario existente sobre el Vaticano II. Esta obra monumental, imprescindible hoy en día en cualquier biblioteca teológica, por sus más de treinta mil artículos, pone al profesor de Innsbruck en contacto con toda la ciencia teológica contemporánea y con las grandes figuras del pensamiento cristiano en todo el mundo. Aquella tarea titánica es simultánea con otras direcciones de obras: *Sacramentum mundi*, en cuatro grandes volúmenes (1967-1969); *Manual de Teología pastoral*, cinco tomos (1964-1972); *Diccionario teológico manual* en ocho tomos (1972-1973), más la colección de *Cuestiones disputadas*, que llegan al centenar en 1983, desde su comienzo en 1958.

La tercera etapa (1959-1965), en parte solapada con la anterior, está centrada en colaboraciones para la preparación y desarrollo del Vaticano II, de la que hablaremos por menu-

do. Es perito conciliar y consejero del cardenal F. König (Viena), una de las figuras de aquel acontecimiento ecuménico. Sin embargo, encuentra tiempo para publicar su obra pastoral *Misión y gracia* (1959) y fundar con otros teólogos la revista internacional *Concilium*.

Finalmente, la cuarta y última etapa (1965-1983) llega hasta hoy. Está marcada por la época postconciliar y sus alternancias, siendo acompañada de enorme actividad docente y publicista. Desde 1964 a 1967, ocupa en Munich la cátedra sobre *Cosmovisión religiosa y filosofía de la religión*, sucediendo a Romano Guardini, en cuyo movimiento "Quickborn" había militado de muchacho. Desde 1967 a 1971, fecha de su honrosa jubilación, es catedrático de *Dogmática e historia de los dogmas* en la facultad teológica de la Universidad de Münster (Alemania). Simultáneamente a ambas docencias publica innumerables artículos, realiza varios viajes al extranjero invitado por universidades en todo el mundo y se concentra en la que él considera su síntesis acabada, el *Curso fundamental sobre la fe* (1977), que en 1983 llega en Alemania a las trece ediciones. En esta última etapa se hace universal el reconocimiento de su personalidad teológica. Lluven sobre él los doctorados *honoris causa* en diversas facultades.

llegaban al "Tribunal del Santo Oficio" sobre la inseguridad de su doctrina, provenientes de círculos centroeuropeos más o menos ultraconservadores, provocaron la crisis. Ante presiones curiales romanas, el entonces general de la orden J.B. Janssens, envía a Innsbruck como visitador en el curso 1954-1955, al teólogo holandés, Félix Malmbergs, S.J. Su misión es investigar la ortodoxia doctrinal de su compañero y su influjo en la facultad. Los informes son positivos y la censura se relaja. Con todo, aquel procedimiento ocasionó al profesor alemán una herida que tardaría en restañar. Soy testigo de ello.

Yo he visto llorar a Karl Rahner. Fue durante unos ejercicios espirituales para jesuitas candidatos al sacerdocio, a comienzos del verano de 1961, en Zenzenhof, cerca de Innsbruck. La meditación consistía en un comentario pausado y cordial sobre la ceremonia de la ordenación sacerdotal. La voz se le quebró ya, al recordar las palabras de Jesús a los suyos: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos". Las pausas de silencio se hacían cada vez más largas. Y añadió textualmente: "Luego recitaré de nuevo el Credo, la "hermosa profesión de fe ante muchos testigos", de que habla Pablo a Timoteo. El Credo de mis antepasados y de mis padres. El Credo de mi vieja fe de niño. El Credo que alegró mi juventud, al que he



Así, Estrasburgo (1964), Nôtre Dame (Indiana) (1966), Saint Louis (1967), Yale (1969), Lovaina (1972), Georgetown (Washington), Comillas/Madrid, Chicago y Duquesne (Pittsburgh), todas éstas en 1974 con motivo de su setenta aniversario. Recibe además numerosos premios y condecoraciones.

TIEMPO DE RISA Y TIEMPO DE LLANTO

Este reconocimiento le llega también, aunque lentamente desde el Vaticano. En 1969, Pablo VI le incluye en la Comisión Teológica Internacional, recordándole en audiencia privada, que el teólogo fiel tiene "tiempos de risa y de llanto". El gran pontífice se refería con ello a las numerosas dificultades que Rahner había tenido con la autoridad eclesíástica a lo largo de su vida.

Era lógico. La actitud fronteriza y de hombre-alerta le ocasionaron al teólogo jesuita no pocas incomprensiones. Así, por ejemplo, en 1951, poco después de la proclamación del dogma de la Asunción de María por Pío XII, K. Rahner escribía una nueva *Mariología*. La censura de la orden, se la descalificó. Esto, unido a las denuncias que insistentemente

sido luego fiel ya de varón y... que vale más que todo el saber del mundo". Y se echó a llorar. Fue entonces cuando yo comprendí el alcance de la teología de Karl Rahner.

Pero las dificultades no terminaron. Otro veto de publicación le llegaría poco antes del Concilio ecuménico. Aquello originó una protesta colectiva al Papa de teólogos, pensadores, científicos y políticos. La lista iba encabezada por la firma del canciller Konrad Adenauer. El problema de fondo era doble. Por una parte, la inevitable tensión que surge constantemente en la Iglesia entre magisterio eclesial y teología de vanguardia. Mientras que la teología conservadora se limita a comentar las doctrinas de la jerarquía, la progresiva pretende ayudarlo con su inspiración. Rahner no se ha limitado nunca al comentario de los documentos papales, sino que ha considerado, como obligación propia, hacer posible un incesante avance doctrinal. En esto empalma con la mejor teología católica de todos los tiempos. Esto explica la presencia de su pensamiento en las formulaciones del Vaticano II. El segundo aspecto del problema es otra tensión inevitable entre integridad y libertad. El último Concilio ecuménico supuso una cier-

ta superación del integrismo religioso y dogmático con la derrota de la minoría en el aula. En el postconcilio, sin embargo, surgieron de nuevo las hostilidades. Los teólogos más o menos integristas han arremetido contra él o contra su ambición fundamental de síntesis entre la fe cristiana y el idealismo e incluso el agnosticismo.

K. Rahner fiel a Dios, a la Iglesia y a sí mismo, ha continuado en la brecha con ejemplar imperturbabilidad. Esto le ha acarreado últimamente reproches de la izquierda y la derecha eclesiales. Así, por ejemplo, su libro *Cambio estructural de la Iglesia* 1972, publicado durante el Sínodo interdiocesa-

no alemán, fue considerado como "peligroso". El teólogo describía la Iglesia del futuro y con "futuro" como una gran comunidad abierta, ecuménica, realizada existencialmente desde la base, fiel a la jerarquía, pero libre de expresión, democratizada en sus talentos y con alerta crítica ante la sociedad de su entorno. Este proyecto "utópico" no le impide, sin embargo, dar un "sí" sin reservas a la Iglesia real del presente, santa y pecadora al mismo tiempo. Tampoco le ha supuesto especial dificultad armonizar la libertad de investigación con la obediencia religiosa, síntesis que aconsejó incansablemente a todos sus discípulos.

ENTREVISTA

— Desde la cima de sus ochenta años, ¿cómo ve usted su vida en relación con su futuro y con Dios?

— La auténtica cima de mi vida está aún por llegar. Es el abismo del misterio de Dios, en que uno se precipita con la esperanza de ser acogido eternamente por Su amor y Su misericordia.

— ¿Cuáles han sido, a su juicio, los momentos más importantes de su vida?

— Según una apreciación humana, han sido varios: Nacimiento, bautismo, votos religiosos y ordenación sacerdotal... Los instantes más existenciales e importantes de mi vida..., sólo Dios los sabe ciertamente. Yo sólo puedo, cuanto más, barruntarlos y... callarlos.

— Pasemos a su obra. ¿Cuáles serían las personas o personajes históricos que considera usted han influido más en ella?

— Yo diría que en los aspectos filosóficos, el padre José Marechal, S.J., y el filósofo Martín Heidegger. En los aspectos espirituales, sin duda, Ignacio de Loyola.

— Padre Rahner, usted ha sido muchos años profesor de Teología en varias Facultades y Universidades. Tiene, además, muchos discípulos. ¿Podría resumir sintéticamente cuál considera usted su mayor aportación a la Teología?

— No podría responder, de veras, a esta pregunta. Esto han de hacerlo otros desde una perspectiva crítica. Sin embargo, de decir algo, diría que mi aportación está contenida más o menos en mi obra; *Curso fundamental sobre la fe*, que por cierto está traducido al español. Habría que leerlo con atención y, desde luego, proseguir adelante en los puntos de partida que allí se ofrecen.

— ¿Qué echa usted de menos, a sus ochenta años, en su trabajo teológico y en su actividad pastoral?

— Me hubiera gustado que en mi vida hubiese habido más amor, más valentía, especialmente respecto a los que tienen autoridad en la Iglesia, y más comprensión con el hombre de hoy y su forma de pensar.

— ¿Cómo evalúa usted el postconcilio y el Concilio Vaticano II?

— El Concilio Ecuménico no ha sido ni con mucho asimilado realmente todavía en la Iglesia. Me refiero, tanto a su letra como a su espíritu. En general, vivimos actualmente una "etapa invernal" (como yo suelo decir). Sin embargo, hay algunas regiones en la Iglesia, donde se da una vida carismática muy viva, que produce esperanza.

— ¿Cree usted entonces que sería oportuno un nuevo Concilio Ecuménico?

— Pienso que, tal cual es hoy día la mentalidad romana en

la Iglesia, un nuevo Concilio sería considerado como demasiado prematuro. En verdad sería más bien un Sínodo episcopal consultivo.

— ¿Qué piensa usted de la situación actual de su orden religiosa? ¿Cómo valora usted concretamente al ex-general padre Arrupe?

— La Compañía de Jesús se encuentra aún, del mismo modo que la Iglesia universal, en una fase de transición. Esto no es en absoluto llamativo. Con fortaleza y mansedumbre mi orden superará muy bien semejante etapa. Pedro Arrupe fue un general de mucha categoría. Esto se apreciará más claramente cuando se le evalúe retrospectivamente desde el futuro.

— Si hablamos del futuro, ¿qué posibilidades parece tener, a su juicio, la Iglesia a corto plazo, especialmente la Iglesia de Europa?

— Las posibilidades de la Iglesia en Europa no son idénticas con las que tiene la Iglesia universal. Cuando la Iglesia se transforme valientemente en Iglesia universal y deje de ser una Iglesia europea con "exportaciones" a todo el mundo, entonces podrá ser auténticamente el alma, explícita o anónima, del mundo. Sin embargo, en Roma sigue existiendo una tendencia excesivamente europea.

— ¿Cuáles serían, en su opinión, los peligros más graves de la Iglesia hoy?

— El peligro fundamental de la Iglesia consiste en que se busque a sí misma y cultive su "poder" o su "influjo", tanto si es en la línea de un conservadurismo trasnochado como si es en la de un progresismo a la moda. Ambas cosas significarían que la Iglesia no se da cuenta de que no es fin, sino medio. Un medio para que Dios sea adorado y amado por sí mismo y no sólo como camino para alcanzar la felicidad humana.

— Padre Rahner, ¿qué pregunta se haría usted a sí mismo en este momento de su vida, cuando acaba usted de cumplir los ochenta años?

— ¿Una pregunta a mí mismo, aquí y ahora? pues sí. Es una pregunta-respuesta: ¿Qué es lo que espero? La luz de Dios, su eternidad y su misericordia. Espero poder rezar juntamente con Teresa de Avila, el "Nada te turbe... sólo Dios basta". Y con Ignacio de Loyola, el "Tomad, Señor, y recibid..., dadme vuestro amor y gracia, que ella me basta". Ambas son una oración que se rezará no sólo de palabras, sino en plenitud de vida, para siempre.

Innsbruck-Madrid, marzo, 1983.

M.A.

La cima de mi vida está aún por llegar. Es el abismo del misterio de Dios, en el que uno se precipita con la esperanza de ser acogido eternamente por su Amor y su Misericordia.